

LA SILENDE,

PERIÓDICO MENSUAL

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y MODAS,

DEDICADO

AL BELLO SEXO.



Sobre la educacion de los niños.

El perfecto estado de la salud es el mayor beneficio que puede dispensarse al hombre durante su transito en este mundo. El hombre robusto y libre de achaques, está en el caso no solo de prestarse utilidad á si mismo, si que tambien en el de prestarla á su familia y á su patria. Dispuesto á dedicarse de continuo al genero de trabajo á que sus particulares afecciones le hayan inclinado, verá con placer transcurrir los dias de su existencia esento de la miseria, y su honrosa ocupacion le facilitará los medios suficientes para proporcionarse al menos una mediana comodidad que hasta cierto punto dulcifique los muchos sinsabores que con tanta frecuencia nos acosan. Pero como muchas veces las enfermedades que para siempre suelen inutilizarnos reconocen su origen en la ignorancia ó poca vigilancia de los encargados de dirigir á los niños en su primera edad, de aqui es, que en la esfera que encierra los deberes indispensables para dar una buena educacion está comprendido el que tienen los padres de cuidar de la salud de aquellos.

El cuidado de la salud de los niños, dice Fenelon, y el procurar que crien una sangre dulce por la eleccion de los alimentos, y por un simple regimen de vida, es lo mas necesario y más útil á la infancia. Es menester arreglar sus comidas de suerte que casi siempre coman á la misma hora, que coman bastantes veces á proporcion de la necesidad; que no coman jamas fuera de tiempo, á fin de no sobre-

cargar el estomago antes de hacer la digestion, que no coman cosas de gusto exquisito; porque esto escita á comer mas de lo necesario, y disgusta de los manjares convenientes á la salud; que en fin, no se les sirvan muchas cosas diferentes, porque la variedad de viandas sostiene el apetito aun despues de que la verdadera necesidad se ha satisfecho.

Jullien, no esta conforme con tan respetable escritor, acerca del orden que establece para las comidas, pues dice que conviene que los niños hagan al dia cuatro ó cinco de aquellas, á horas diferentes, afin de que su estomago no se acostumbre á un sistema que la menor alteracion le perjudique.

Se debe considerar, añade el mismo Fenelon, como una de las cosas mas importantes á la buena educacion; el fortificar los miembros de los niños, el evitar todo lo que les pueda escitar las pasiones, el no oprimirlos mucho con la instruccion, y el acostumbrarlos suavemente á la privacion de aquellas cosas que desean con mucha ansia, afin de que no esperen jamas lograrlas por medio de la importunidad.

Por poca bondad que tengan, se les puede conducir por estos caminos á la paciencia, á la constancia, á la tranquilidad y á la alegria; pero si se desprecian tales recursos en la primera edad, llegan en lo sucesivo á ser impracticables.

Siendo todo nuevo para los niños, esta misma novedad produce en ellos la curiosidad y la admiracion.

Como no tienen en que pensar, ni saben que hacerse, lo notan todo, y regularmente hablan poco, á menos que no se les estimule á ello, lo que se debe

evitar. Muchas veces el placer que quieren sacar algunos de sus gracias los hecha á perder; les acostumbra á ejecutar cuanto les viene al pensamiento, y á hablar de cosas que todavía no comprenden distintamente; haciéndoles adquirir el hábito de juzgar con precipitación, y el de hablar de cosas de que aun no tienen ideas claras; lo que dá por resultado un mal carácter de espíritu. Aquel placer tambien produce otro efecto pernicioso; conocen los niños que se les mirá con gusto, que se observa todo lo que hacen, y que se les escucha con complacencia: de este modo se acostumbran á creer que serán siempre un objeto de atención y que llegarán algun día á llamar la del mundo. No experimentando en sus primeros años ningun género de contradicción, conciben unas esperanzas quiméricas que les preparan muchísimos disgustos para todo el resto de su vida.

No se ha de insistir en querer instruirlos con precipitación; esto se debe verificar poco á poco, y segun las ocasiones que se ofrezcan; de modo que aunque se pudiera lograr un grande adelanto, sin oprimir su espíritu, se debiera temer el hacerlo, no solo por lo que pudiera perjudicar á su salud, si que tambien porque el peligro de la vanidad y de la presunción es siempre mas grande, que el fruto de las adulaciones que suelen dispensarse fuera de sazón.

Es necesario contentarse con seguir y ayudar á la naturaleza: los niños saben poco, y por esto es menester tambien evitar aquel inconveniente en que regularmente caen los padres, maestros y ayos, de escitar y persuadir á los niños á que hablen mucho. Sin embargo, como ellos saben poco, se les ofrece mucho que preguntar: entonces es menester responderles con precision, y hacerles, cuando se pueda, algunas sencillas comparaciones para presentarles mas perceptibles las ideas. Si ellos juzgan de alguna cosa que no entienden bien, es necesario embarazarlos con alguna pregunta nueva que les haga conocer su ligereza; pero esto sin enfadarse, ni confundirlos con la aspereza. Al mismo tiempo se debe procurar que conozcan, por alguna señal efectiva de estimación, que se les aprueba mas, cuando dudan y preguntan lo que no saben, que cuando deciden con acierto. Este es el modo positivo de imprimir en su alma una verdadera modestia y un desprecio de aquellas disputas y porfías tan ordinarias en los jóvenes poco ilustrados.

La curiosidad de los niños, es una inclinación que vá como delante de la instrucción, es menester, pues, aprovecharse de ella. Por ejemplo, ven en el campo un molino, y quieren saber que es aquella maquina; es preciso mostrársela, y enseñarles como se prepara el principal alimento del hombre etc. Estas preguntas y útiles curiosidades se deben solicitar de los niños con importunidad: ellas son unas meras aventuras para facilitar la instrucción. Cuando ocurran estos casos, es conveniente manifestarles que se tiene particular gusto en que pregunten, y de este modo se les podrá instruir insensiblemente y sin necesidad de libros, los que, por el mal método que por lo general se observa en la instrucción, llegan hasta inspirarles odio.

EL JOVEN Y EL ANCIANO.

¿Por qué venís á interrumpir mis dulces meditaciones? dijo un anciano venerable á un joven que apareció ante él como una sombra del desierto. Vuestro traje y vuestro semblante significan que vivís en el gran mundo; yo voy declinando á la tierra que consumió tantas generaciones, y cuento los últimos dias de mi ser en medio de esta soledad que revela á Dios en todas partes, y donde es preciso creer para admirar toda la sublimidad de la naturaleza. Si sois desgraciado, os puedo consolar: si necesitais un pan y un techo, á los hombres de todos los países doy hospitalidad: si vais errante por estos valles, os dirigiré adonde querais: si en nada puedo servirlos, seguid; y Dios os guie.

—Los hombres me arrastran al desierto, respondió el joven con voz firme y semblante sereno. Ha poco tiempo que vivo cerca de este sitio. He llegado hasta aquí para oír el canto de las aves que llena mi alma de las mas dulces y tristísimas sensaciones. Aquí comprendo toda la perfidia del hombre; en el fondo de estos valles y en la cumbre de esos montes, no encuentro mas que la armonía del alma, la inocencia de los seres, y la religion.

—Hablais como yo, joven sensible.

—Y vos sentís como yo, anciano respetable.

—Sentáos sobre estas yerbas que son la alfombra del pobre. Me inspirais mucho, y adivino por vuestro semblante la perfectibilidad de vuestro corazón. ¿Creeis en la fraternidad de la simpatía?

—Si vuestras canas no me inspirasen el respeto de un hijo, desde ahora os llamaría mi hermano. Si comprendéis la perfectibilidad de mi corazón, yo también adivino la del vuestro.

—Sois desgraciado?

—He maldecido al mundo.

—Yo antes que vos.

—Pero no tan joven.

—Es verdad.

—Cuando encuentro un anciano que habla como vos, siento un deseo vehemente de saber todas sus desgracias que no sean un secreto. ¿Conocéis que los desgraciados forman una sociedad misteriosa, cuyo secreto está en adivinarse, compadecerse y callar delante de los que no padecen?

—Sí; y también conoceréis vos que es un consuelo encontrar á uno de esos seres que piensan y sufren, para revelarse los sentimientos y los pesares que consumen lentamente su existencia en el silencio ó en la soledad. Sentaos y habladme.

Sentóse el joven sobre una alfombra de flores y grama, bajo dos álamos gigantes que levantaban al cielo su pomposa cima, y dejando el anciano sobre una losa un libro que tenía entreabierto, prosiguió.

—Los primeros años de nuestra existencia se deslizan como el vuelo de una mariposa entre el perfume de las flores. Alegre y bella es la aurora de la vida, como la del día: triste y sombría es la vejez, como la llegada de la noche con sus tinieblas. Las lágrimas que se derraman en la cuna, caen en el olvido; las que asoman á nuestros párpados á impulsos del amor ó del desengaño, ardientes y emponzoñadas brillan en nuestra mente hasta el último momento en que sentimos.

—Sí, dijo el joven; el sepulcro y la cuna son el olvido; pero la senda de la vida que conduce de la cuna al sepulcro, está sembrada de recuerdos, y todos amargos; todos venenosos: no hay uno solo que nos renueve un placer perdido, una dicha pasada: hasta el recuerdo del momento más feliz de nuestra vida, siempre vierte en el corazón una gota de hiel. El placer es en la tormenta de nuestra imaginación, lo que el relámpago en una noche oscura, en que negra la tempestad sepulta al mundo; brilla, y muere. Oh! si en el sitio en donde yo desperté de mi último sueño de felicidad, hubiese podido sepultar la memoria de mis ilusiones encantadoras, mi vida se deslizara entre el tiempo y el cielo, suave y apacible como la brisa de la tarde en-

tre las hojas de los árboles floridos y la sonrisa de la primavera. Mi corazón me enseñó á pensar cuando comenzó á sentir. La alegría de la infancia y sus sueños de ángel, desaparecieron delante de una mujer, porque los encantos de la hermosura ocultan el talismán de las lágrimas, y la impresión de la melancolía. El placer y el amor, son las afecciones más íntimas, más dulces y profundas de la tristeza. Llegó un tiempo en que el amor absorbía todo mi ser: creí en su felicidad y en la verdad de sus inspiraciones, pero me engañé. Amé y padecí; olvidé, y reí. La primera desgracia que conocí en mi alma, fue la necesidad de amar. Los encantos dulcísimos de las artes, el estudio y la contemplación de la naturaleza, la sombra de un árbol, la perspectiva de esos montes; el canto de las aves, la armonía de la noche, el sol, la poesía, una flor, y el amor de una mujer, hubieran bastado para endulzar y embellecer mis días en el mundo.

—Y por qué no sois feliz?

—Por el hombre.

—Venid á estos valles en donde el alma en su expansión descubre tranquila la inmensidad, elevándose como el vuelo del águila sobre los seres envilecidos que han contaminado la tierra, y escarnecido la virtud, y despreciado al genio.

En la sociedad, solo pueden vivir los autómatas, los estúpidos, y los malvados.

El joven tendió la mano sobre el brazo del anciano, y fijando la vista en una flor sin mover los párpados, dijo; oid. Y el canto triste y melodioso de la alondra resonaba en los montes con toda la armonía de un coro de ángeles. Un profundo suspiro salió del fondo de su corazón, y una lágrima brilló en su rostro. Calló la alondra, y prosiguió el joven.

—Habeis nombrado la sociedad. Ah! la pobreza y la desgracia me ligaron á esa sociedad de abominación de la que no puedo separarme porque no soy malvado. En ese infierno formado por el hombre, no existe la creencia de un Dios, no se encuentra la religión sino en los labios de tanto hipócrita; allí está la hipocresía. La sociedad solo reconoce un ídolo, al que levanta magníficos monumentos, y ante el cual se postran las generaciones; el oro: el oro es el Dios del hombre de la sociedad; la religión se encuentra solo donde el genio y la miseria, porque los hombres de la corrupción destinaron la miseria y el infortunio como patrimonio de la virtud,

del talento y del genio. Para no ser pobre, es preciso adular y envilecerse; para ser virtuoso es preciso ser pobre; para pertenecer á Dios, es necesario no pertenecer al hombre. Sin embargo, la riqueza ó la fortuna, no son la felicidad; y para ser feliz, no se ha de llegar á la riqueza, ni á la miseria. Un desgraciado, encuentra pocos amigos, ó ninguno; hasta el dulce consuelo que una amistad pura y fraternal derrama en el corazón que siente y llora, se niega al pobre entre los hombres. Yo vi perecer en la miseria los que mejor sirvieron á su patria, y los que mas la honraron con sus trabajos: yo vi la virtud y el genio arrastrando por el polvo, y llorando de hambre y frio: yo vi levantar á la perfidia monumentos de mármol con inscripciones sublimes: yo oí las imprecaciones que lanzaban á ese sol de la inmensidad los que saciaban sus vicios en las tinieblas, entre el desorden de los festines, el estruendo bacanal y los ecos divinos de una música armoniosa: yo vi quebrantar por el oro los juramentos que pronunciara un amor sagrado, y por el oro ahogarse de la naturaleza los sentimientos mas dulces y puros: yo vi buen anciano, vender la razon y la justicia, y arrancar á los miserables un pan empapado de lagrimas: ah! yo vi la sociedad, maldita, deshonorar y escupir el laurel que habia concedido al talento y al genio, sin mas delito que no tener oro; y por el oro vi colmar de honores á los hombres que en justicia pertenecían al verdugo. Anciano venerable! Esta es la sociedad; este es el hombre! Ved ahora quien de los dos los maldijo primero: ved si pueden mentir en mis labios los sentimientos de mi alma, tan puros como la primera luz del dia que refleja en las nubes.

—Callad! Callad por Dios, jóven de la desgracia. Hablais como yo. Concededme alguna vez el placer de oiros; y si es esta la única que os escuche, que las bendiciones de los buenos y las del Eterno caigan sin cesar sobre la tierra que cubra vuestras cenizas; que el cielo contenga vuestra alma, y el canto de la alóndra resuene en vuestro sepulcro.

J. M. Bonilla.

LABORES

DESCRIPCION DE LA LAMINA.

Núm. 1.º Acerico para bordar á realce.

Núm. 2.º Esquina y cenefa para pañuelo, bordado del mismo modo.

Núm. 3.º Dibujo para guarnición de camisa, bordado á mosquetado cuyo feston se recorta sin hacer ropulgo.

Núm. 4.º Guirnalda para bordar á realce.

Núm. 5.º Sembrado de la propia clase.

ECONOMIA DOMESTICA.

Lavado de las medias de seda.

Las medias de seda, objeto tan importante en la economía doméstica, se limpian poniéndolas por un cuarto de hora en agua ligera de jabon casi hirviendo; despues se las lava en otras aguas disminuidas de calor progresivamente, y se concluye deslavándolas en agua fria, si se quiere azularlas se echarán algunas gotas de azul liquido en la última agua. Se impregnarán las medias una por una en este agua, oprimiéndolas ligeramente con la mano, y despues se las pone á secar. Hecho esto se las *calza en plano*, esto es, se las estira uniforme y completamente sobre una mesa cubierta con un lienzo limpio, y por medio de una franela bien seca y limpia se las frota al principio con suavidad, y progresivamente cada vez con mas velocidad y fuerza para darlas lustre. Si se quiere imitar los visos ó aguas de las medias de seda nuevas, usase de un guijarro ó pedazo de cristal en figura de *moleta*, con la que cargando sobre ciertos parajes de la media mas que sobre otros, se muda el viso y se hace que despidan aquella especie de reflejo que es lo que se busca.

Finalmente, para dar á las medias de seda un matiz agradable, y la apariencia de nuevas se las azufra.

Las medias de seda negras son mas fáciles de lavarse, á cuyo efecto se disuelve hiel de buey en una cantidad de agua hirviendo, se las impugna con una esponja empapada con dicho liquido y con la misma se las frota, luego se estrujan entre las manos y en seguida se deslavan con agua corriente y clara hasta que el agua salga limpia, cuya operacion se repite si es necesaria.

FILIS DE LA CHARCE DE LA TOUR DU PIN.

Cuando todas las ciudades elevan en las plazas estatuas á sus notabilidades locales, cuya celebridad

forma la gloria de la Francia; la pequeña ciudad de Nyons, departamento de la Drôme, erige en su iglesia un monumento dedicado á una mujer que tuvo la dicha, no comun entre el bello sepsó, de derrotar con las armas en la mano á los enemigos que habían invadido su patria.

Filis de la Charce era hija de Pedro II de la Tour du Pin, marques de la Charce, vivia en el castillo de su padre siguiendo el genero de vida abrazado en aquel tiempo por todas las señoras de la aristocracia. Ocupada de la literatura, y alternando los estudios serios con los trabajos de tapiceria y otras labores de aguja, pasaba los días del siglo 17 matando la ociosidad.

De este modo entretenia el tiempo Filis, y escribiendo de cuando en cuando á una amiga suya, Mme Deshoulières, atacada ya de la maligna enfermedad que la hundió en el sepulcro, y recibiendo en recompensa lindas composiciones en verso, entre las que figura la *Carta sentimental*, cuando en 1692 el duque de Saboya penetró en el Delfinado. Entonces comenzó la decadencia del grande reyno de Luis XIV; ¡desgraciada época en que las naciones siempre vencidas aprovecharon su debilidad para insultar á la Francia y ultrajar al gran pueblo! No era solo el Príncipe quien se tomó el derecho de insultar al agonizante Leon, otros le secundaban, y así es, que el duque de Saboya por mucho tiempo su aliado, invadiendo el Delfinado quiso también mostrarse valiente.

Filis se encontraba sola con su madre y una hermana en el castillo de sus mayores, cuando los enemigos llegaron. Montar á caballo, reunir los vasallos de su padre y los habitantes de las cercanías, ponerse á su cabeza y rechazar vigorosamente el considerable ejercito del duque de Saboya, fué obra de un momento. Pero mientras tanto que la improvisada guerrera trepaba por las montañas en persecucion del enemigo, su madre y hermana la auxiliaban en empresa de suma utilidad, le hacian un importante servicio. Ecsortaron á los campesinos, y dándoles el ejemplo, á costa de mucho trabajo, lograron cortar los cables de los barcos que atravesaban el Duranzo para impedir la fuga al ejercito invasor.

Dichosamente la fortuna coronó los nobles esfuerzos de la ilustre familia, pues habiendo llegado oportunamente tropas, las del duque de Saboya fueron arrojadas del territorio frances. Admirado

Luis XIV del heroismo de Filis, la concedió una pension de dos mil libras, pagaderas por las cajas militares del mismo modo que lo hubiese hecho con un valiente oficial. Once años despues de tan gloriosa expedicion, esto es, en 1703, Filis murió, y el anciano rey que no la habia olvidado, mandó que las armas, el escudo y el retrato de la guerrera se colocasen en San Dionisio, al lado de los de Juana D'Arc, con la siguiente inscripcion: *Filis de la Charce de la Tour du Pin, en el Delfinado.*

Enterraron á Filis en el panteon de su familia, en medio de la iglesia de Nyons. Sobre la lapida de su sepultura eleva hoy esta pequeña ciudad el monumento destinado á la mujer celebre que la ilustra con su memoria.

USOS Y COSTUMBRES.

EL TEATRO EN PERSIA.

El proporcionar un espectáculo al pueblo, es reputado entre los persas como una obra meritoria; el director contribuye así á la salvacion de su alma, y las piezas que hace poner en escena, son otros tantos *materiales que recoge aquí bajo, para construir su palacio celeste.* Pero muchas veces se mezclan con tan piadoso objeto, consideraciones menos sublimes. Los ricos y poderosos aumentan por este medio su influencia religiosa y politica, y su vanidad halla también ocasion de mostrar al público cuanto poseen en alhajas, en tapiceria, chales, telas preciosas y vagillas.

Las representaciones son gratis y se hacen en parages descubiertos: grandes toldos preservan del sol y de la lluvia: las galerias y ventanas de los edificios inmediatos, están reservadas para la nobleza, señalando á los espectadores los asientos, segun su rango respectivo, pues en oriente se observa siempre estrictamente la etiqueta. En un espacio separado se sientan las mugeres del pueblo, colocándose como pueden, sin mas comodidad que la de un banquillo, que cada una debe llevar consigo. El resto del parterre se llena por hombres sentados á lo persa, es decir, sobre sus rodillas. Aquellos grupos se ofrecen á la vista pintorescamente variados; entre ellos se vé á los *sakis* (aguadores), que con una bolsa de cuero llena del precioso liquido, y sus-

pendido con una banda, van con una vasilla en la mano ofreciendo de beber á los espectadores, en conmemoracion de la sed que devoraba á la comitiva de Iman (1) Hussein, sorprendido en medio del desierto. Pero como semejante servicio es una obra meritoria y recomendada por la religion, acontece que los padres cuyo niño tiene una salud delicada, hacen voto de que si llega á vivir algunos años, será un *sakys* en honor del Iman Hussein, durante una ó muchas *téazies* (dramas serios y misteriosos). Nada mas gracioso que aquellos delicados aguadorcitos, marchando descalzos, vestidos con lujo, pintados de negro sus párpados y cejas, la cabellera rizada en grandes bucles que caen sobre sus espaldas, cubiertos con una gorrita de cachemira resplandeciente por sus muchas piedras preciosas, y sirviendo la bebida al público. Despues de los *sakys* llegan los alquiladores de pipas, los vendedores de frutas y sobre todo los *noukhoutys* ó vendedores de dulces, consistiendo estos en garbanzos, granos de melon, de peras y de pimienta preparados á la oriental, esto es, confeccionados con salmuera y en seguida tostados á fuego lento. Es un rato muy agradable para ellos el hacer crujir con los dientes aquellos granos, tanto mas, cuanto atribuyen á la pimienta la virtud de ayudar á llorar. Las mujeres mascan continuamente almáciga ó goma de terebinto, y segun ellas dá esto frescura al aliento, brillo á los dientes, fortifica las encias, y lo que vale aun mas, impide hablar mucho.

Entre estas y el resto del pueblo, encuentran sus compradores los empleados en el tráfico, de quienes acabamos de hablar, mientras que las personas de la mayor elegancia, toman café negro, bebida indispensable en ocasiones tristes, ó bien fuman su *kationne*.

Los *ferraches* ó criados encargados de mantener el orden, se pasean armados con un grueso baston, la vista atenta y la mano en el aire, abriéndose paso en todas direcciones. Mucho trabajo les dan las mujeres, pues por la mas leve cosa, se ponen á regañar dándose de puñetazos. Los *ferraches*, reservan en medio del parterre un espacio mas ó menos grande para la escena, y despues de haberlo limpiado y regado colocan en el centro el *takht*, especie de tablado grande con pies muy bajos, y cubierto con un tapiz en donde fijan un precioso sillón.

(1) Iman, quiere decir en árabe, un gefe ó un superior.

Casamiento en Gretna-Green.

Cerca de la embocadura del rio D'esk á distancia de nueve millas de Carlisle en Escocia, es donde se van á casar delante de un yunque las jóvenes inglesas que han cometido la mas grande de las faltas, la de abandonar á su familia por seguir al que aman ó que ellas creen amar, porque á la verdad, ¡cuanto se engañan! y ¡cuantos engañan! Creyendo de este modo no haber incurrido en el vicio público por su mala conducta, se hacen casar por un pescador ó un forjador. El precio de este casamiento varia desde dos guineas hasta un vaso de licor. Acontece con frecuencia que un mismo hombre vaya dos ó tres veces á recibir mujer delante del forjador. En vano la iglesia de Escocia emplea todos sus esfuerzos para impedir tan escandalosos matrimonios, pues los pretendidos sacerdotes de Gretna-Green se hacen sordos á la excomunion con que se les anatematiza. El primero que se arrogó estas funciones, fué un tal Ecott en 1750. Tuvo por sucesor á Gordon soldado veterano y á José Praisley, y despues de la muerte de estos, se han establecido allí diferentes advenedizos. Pero en general los padres sensatos no permiten se repare el honor de sus hijas con un casamiento, que cual este, no está reconocido por las leyes inglesas.

VIAJE A LA PALESTINA POR M. LAMARTINE.

Jerusalem.

El 28 de octubre de 1832 por la mañana nos pusimos á dejar el desierto de San Juan Bautista. A las cinco estabamos montados en el patio del convento, esperando á que amaneciese por no rozarnos en la oscuridad con los árabes y los turcos apostados del pueblo y de Bethlem. A las cinco y media nos pusimos en marcha: trepamos por un monte sembrado de enormes peñascos pardos, y unidos los unos á los otros, como si los hubiese quebrantado el martillo. Algunas viñas, cuyas hojas estaban ya amarillentas por el otoño, tendian sus sarmientos por el suelo en varios pedazos de tierra cultivados en los intermedios de las peñas, y entre estas viñas

se levantaban grandes torres de piedra semejantes á aquellas de que habla el *Cántico de los cánticos*. Varias higueras, cuyas copas estaban ya desnudas de hojas, se encontraban sobre las márgenes de las viñas, y dejaban caer sus higos negros sobre la roca. A nuestra derecha se hallaba el desierto de San Juan, en donde resonaban las palabras *Vox clamavit in deserto*, el cual se presentaba vaciado, como un inmenso abismo, entre cinco ó seis encumbradas y negras montañas; y en el intermedio que dejaban sus pedregosas cumbres, se veían el mar de Egipto cubierto de una niebla negruzca. A nuestra izquierda, y cerca de nosotros había ruinas de una torre ó de castillo antiguo sobre una loma muy elevada que se despojaba de ellas. También se distinguían otras ruinas parecidas á los arcos de un acueducto que bajaban del castillo, y algunas cepas plantadas á los pies de este acueducto levantaban sus ramas sobre estos arcos arruinados, y formaban bóvedas de un verde pálido y amarillo. Uno ó dos terebinthos habían crecido entre estas ruinas: aquí se halla Modin, que fué el castillo y el sepulcro de los Machabeos, últimos heroes de la historia sagrada. Dejamos atrás estas ruinas, que resplandecían con los rayos de la mañana, los cuales no se funden como en Europa, en una vaga y confusa claridad, y en una radiación universal, sino que se lanzan desde lo alto de los montes que nos ocultan á Jerusalem, como flechas de fuego de diversos tintes reunidos en un centro, y divergentes en el cielo, á medida que se alejan de la vista. Los unos eran de un azul ligeramente plateado, los otros de un blanco mate, estos de un color de rosa fresca, que se hacía mas claro hacia su estremidad, y aquellos de un color de fuego, y ardientes como las llamas de un incendio; estaban separados entre sí, y no obstante armoniosamente acordes por sus tintes sucesivos y graduados. Estos rayos se parecen á un brillante arco iris, cuyo círculo roto en el firmamento se hubiese esparcido en los aires. Por tercera vez, después que estamos en Galilea y en Judea, hemos notado este fenómeno á la salida y á la puesta del Sol, y esta es la aurora y el ocaso, tales cuales las representan los pintores antiguos; pero cuya imagen debe parecer falsa al que no haya sido testigo de la realidad. A medida que salía el Sol, el brillo distinto y el color azulado ó inflamado de estas barras luminosas, disminuía y se fundía en la luz general de la atmósfera; y la luna que estaba sobre nuestras cabe-

zas, de color de rosa y de fuego, se iba borrando, tomaba el tinte del nacar, y se perdía en la profundidad del firmamento, como un disco de plata, cuyo color va bajando á medida que se ahonda en el agua. Después de haber subido otro monte mas alto y desnudo que el primero, se abrió el horizonte de repente sobre la derecha, y dejó ver todo el espacio que se extiende entre las últimas cumbres de la Judea, donde estábamos nosotros, y la cadena de los montes de Arabia. Este espacio estaba ya inundado con la luz vaporosa de la mañana: detrás de las colinas inferiores que se hallaban á nuestros pies, rodeadas y acumuladas de peñascos quebrantados y pardos, la vista no distinguía mas que el espacio resplandeciente, tan semejante á un dilatado mar, que la ilusión fué completa para nosotros en terminos que creímos discernir los intervalos de sombra y de placas mates y plateadas, que el día naciente hace brillar ó desvanecer sobre un mar que esta en calma. A la orilla de este mar imaginario, un poco á la izquierda en el horizonte, y como á una legua de nosotros, resplandecía el sol sobre una torre cuadrada, un alto minarete y las anchas y amarillentas paredes de algunos edificios que coronan la cumbre de una colina baja, cuya base no podíamos ver; pero por las puntas de algunos minaretes, por las almenas de muros mas altos, por las cimas negras y azules de algunas cúpulas que subían como pirámides por detrás de la torre y del grande minarete se reconocía una ciudad, de la cual no podíamos descubrir sino la parte mas elevada, pero que bajaba á lo largo de las laderas de la colina, y no podía ser sino Jerusalem, de la que nos creíamos mas distantes.

(Continuará).

LA PRINCESA ANONIMA.

La fuga.

I.

Acababan de dar las diez en la iglesia de San Pedro y San Pablo. En este templo que encierra las tumbas de los soberanos y donde Pedro el Grande debía mas tarde ser sepultado, es donde el Czaro-witz ha mandado se celebren los funerales.

La fúnebre ceremonia se verifica con el misterio mas profundo; las campanas tan ruidosas en semejantes casos, permanecen ahora en silencio; fuera del templo no se ve una sola persona: el público no esta instruido todavia del triste suceso; Petersburgo se halla ya entregado al sueño. En el interior no se oyen aquellos cantos majestuosos y sonoros que resuenan ordinariamente para honrar á los grandes que la muerte ha arrebatado, sino las oraciones salmodiadas por los sacerdotes, cuya voz monótona y grave parece trata de evitar resuenen los ecos de la bóveda. El feretro cubierto de paños mortuorios notables solamente por su sencillez, rodeado de un modesto aparato, se eleva humildemente, sin fausto, sin lujo en medio de algunos cirios que despiden una pálida luz.

Un corto número de personas de la servidumbre de la princesa y oficiales de palacio, llamados por su obligacion á presidir los funerales, tres, ó cuatro amigos verdaderos de la princesa se distinguen apenas diseminados en la obscuridad de la iglesia.

Entre estos últimos se hallan el almirante Lefort y el general Gordon á quienes hemos visto al principio de esta historia tomar tan grande interés en las penas de la princesa Carlota. Han querido rendir el último y piadoso homenaje á la muger desgraciada, cuyas virtudes no han cesado de admirar y que les honraba con su benévola amistad: un tercer personaje se ha colocado cerca de ellos y dirige á Lefort algunas palabras en voz baja.

—Decis que solo el crimen ha podido poner término á los dias de esta pobre jóven?

—Si, mariscal, el veneno y una terrible y violenta escena. Comprendo que dudeis creer semejantes atrocidades, mi valiente y leal Sheremetoff, cuya vida ha pasado en medio de las nobles ocupaciones de la guerra y que jamas habeis herido á vuestro enemigo sino de frente y en el campo de batalla. Con todo, he aquí la víctima y su asesino no tiene mas que gloriarse de su crimen y gozar de sus resultados.

—Creéis que quedará impune por largo tiempo?

—Me atrevo á creer que no; el Czar no puede tardar en volver.

—Lefort, dijo Gordon ¿quién es aquel hombre arrodillado en aquella capilla y que parece trata de ocultarse á todas las miradas? Es imposible distinguir sus facciones; pero se conoce fácilmente que esta entregado á la mas violenta desesperacion. Yo

no se.... pero la vista de este extranjero escita vivamente mi curiosidad.

—No puedo contestaros de una manera satisfactoria, Gordon, la oscuridad del parage en que se ha colocado es tan grande....

En este momento el resplandor de los cirios impelido por la corriente de aire de una puerta acabada de abrir, iluminó con su rápido reflejo la persona de que se ocupaban y que levantó casualmente la cabeza. Su fisonomía y su traje pudieron reconocerse.

—Ya! continuó Lefort, este es aquel jóven francés, que hace un mes espera la vuelta del Czar y que he visto esta misma mañana cuando salia la princesa. Aquí entre nosotros; hace bien en ocultarse; me parece que Alejandro no le quiere mucho. Si he de creer ciertas circunstancias que ahora me esplico, debia estar locamente enamorado de la desgraciada Carlota.

—De veras?

Aquí llegaban de su conversacion cuando la terminó la presencia de algunos de los concurrentes que se acercaron al grupo de que acabamos de hablar.

Entre tanto se habia deslizado un hombre entre las damas de la princesa y habia llamado la atencion de la condesa de Warbeck, esta no tardó en retirarse con el recién venido á un extremo solitario de la iglesia: aquel era un antiguo criado de su confianza.

—Frantz, esta todo pronto?

—Si, Señora condesa.

—Ha llegado el barco?

—Ya espera.

—Es embarcacion cómoda y en la que nada haya que temer?

—Es la *Rodadora*; una excelente chalupa tomada hace ocho dias á los contrabandistas.

—Los hombres son seguros?

—El mismo Lazareff los ha pedido al almirante Lefort, que nada sospecha; ademas lo ha hecho de vuestra parte y no habido que contestar á preguntas importunas.

—Y la princesa?

—No espera mas que á vos.

—Las joyas y el dinero estan en seguridad?

—Si señora.

—Marchad, os seguiré despues de algunos minutos.

Se separaron: la condesa volvió á ocupar su sitio; Frantz corrió al parage de la cita.

II.

Cerca del lago Ladoga á poca distancia del Newa, se elevaba algunos años antes del en que acaecian los sucesos que referimos, una pequeña fortaleza llamada Niantz, que fué tomada á los Suecos por los Rusos. Sobre las ruinas de algunos bastiones, únicos restos de aquella fortaleza y no lejos de la embocadura del Newa y del golfo de Finlandia, habia Pedro el Grande echado los cimientos de la nueva capital de su imperio. Gracias á inmensos trabajos y á una sorprendente actividad, aquel terreno hasta entonces desierto y cenagoso, que no comunicaba con la tierra firme sino por un solo camino, se habia terraplenado edificando en él, fundándose en el espacio de cinco meses y como por en canto San Petersburgo sobre el terreno que ocupaban unos islotes en medio de aquellos pantanos de los cuales unos habian sido cegados y otros transformados posteriormente en canales navegables. En uno de los brazos de aquel estrecho y encajonado rio esperaba una chalupa amarrada detras de una roca y colocada á la sombra proyectada por aquella muralla natural, la ocultaba enteramente á la vista, y se la hubiera creído abandonada por no verse á nadie en ella y por el silencio tan profundo que reinaba á su bordo.

El viento agitaba las ramas y las hojas de los árboles; la noche estaba hermosa, la luna resplandeciente. Este era un grande obstáculo para el éxito de un proyecto que necesitaba misterio y oscuridad y que no era posible dilatar ni diferir, siendo preciso aventurarse y vencerlo todo á fuerza de prudencia y sagacidad.

El ancho disco de la luna unia su claridad á la de las estrellas y se elevaba brillante y puro sobre los campos y los bosques, las fortalezas y las montañas cuyas cúspides coloraba de lejos con sus rayos, rompiendo sus reflejos en millares de ondas caprichosas y movibles en la superficie del lago que parecia rielar con una lluvia invisible.

No tardó en destacarse un grupo sobre una parte de la playa alumbrada por aquella especie de crepúsculo y las gentes que le componian, como si temiesen ser descubiertas, se internaron en los bosquecillos que por aquella parte rodeaban el canal.

Mas su llegada habia sido observada por personas hasta entonces invisibles.

En efecto, en un momento y de un modo sorprendente, se colocaron cuatro hombres en los bancos de la embarcacion y sus remos preparados de antemano se encontraron manejados con tal destreza y felicidad que no se oyó el menor ruido, ni saltó una gota de agua; otro hombre, el patron de la chalupa, se levantó en la proa dispuesto á soltar la amarra.

El grupo habia llegado cerca de la roca; dos mujeres envueltas en pellizas que las libraban del frio, se apartaron á un lado.

—Y bien princesa, dijo una de ellas en voz baja, lo he conseguido?

—Todavía no me atrevo á confiar en el resultado, querida condesa. Si el *Sardim* encargado de la ronda nocturna del lago nos encontrase!....

—Estad tranquila; Fackson, ademas de ser un excelente piloto y que conoce perfectamente estas aguas, tiene orden de evitarlo, lo mismo que la pequeña isla de Crouslat y su fuerte—Como se halla V. A?

—Bien, muy bien; la importancia de este paso, las circunstancias, todo hasta el peligro que corro me ha vuelto la energía.

—Adios pues, princesa, no olvideis, os suplico darme aviso á vuestra llegada á Suecia si estais salva. Adios! ojala seais muy dichosa!

La princesa por única contestacion se arrojó á los brazos de su aya que no podia contener el llanto. Despues sin dirigir una mirada á los lugares que abandonaba para siempre y que hubieron de serla tan fatales, bajó con paso casi seguro el resto de la cuesta, apesar de la enfermedad que ordinariamente la impedia andar.

Mientras que la fugitiva y su fiel compañero se collocaban en la popa del barco, la condesa y dos personas que la acompañaban se retiraron; soltose la amarra y la chalupa se lanzó rapidamente á la corriente.

Bien pronto entró en una ancha estension de agua y se deslizó por la tranquila superficie del Ladoga.—Todo favorecia á los fugitivos: el viento silbaba á traves de las hojas de los árboles en las islas y en las orillas del Lago; por consiguiente era imposible oir la marcha del barco, cuyos remos, en vueltos en lienzo, hendian las olas con rapidez sin causar el mas ligero rumor. Carlota experimentaba una porcion de emociones; los sentimientos mas di-

versos, los pensamientos mas estraños, las sensaciones mas contrarias ocupaban su imaginacion ¿Era ella, la esposa del Czarowitz; la nuera del Czar Pedro, cuyos funerales acababan de celebrarse? La hermana de una emperatriz, la hija de un soberano, reducida por una inexorable fatalidad á hacerse pasar por muerta para librarse justamente de la muerte? ella cuyo solo capricho hubiera podido arrebatarse la existencia á millares de hombres, obligada para conservar la suya propia, á renunciar á todo, á su nombre, su familia, sus amigos y su patria!!! Una princesa que por un lado se hallaba tan cerca del trono de los Césares y por otro de el de los Czares, sobre el cual debia sentarse; una mujer á quien pocas horas antes los hombres mas elevados por su talento, sus dignidades ó su origen, se apresuraban á rendir homenaje, ahora fugitiva, en medio de la noche, entregada á la discrecion de hombres groseros que podian reconocerla y perderla!!!.....

Tales eran las tristes y penosas reflexiones á que se abandonaba la imaginacion de la princesa. En cuanto á los mil inconvenientes, á las imposibilidades de todo género, á los peligros inevitables contra los que tenia que luchar, no se atrevia á recordarlos y rechazaba de su pensamiento aquel cuadro aflictivo; bastabale pensar que para ella todos los vinculos de la sangre estaban rotos para siempre, todos los afectos del corazon destruidos no quedandola mas que una existencia consagrada á inquietudes continuamente reproducidas, y en una palabra á una vida dolorosamente escepcional.

Así, apesar de la decidida voluntad que la habia hecho abrazar un partido violento, desesperado, apesar de la profunda satisfaccion de verse libre de las tentativas de un ser aborrecido, tantas sensaciones habian conmovido su razon y su debilitado cuerpo, que no tardaron en producir en ella una crisis nerviosa semejante á la fiebre. A este estado sucedió por una repentina reaccion, un desfallecimiento general, durante el cual aquellos sucesos tan graves y decisivos, ocurridos en tan corto espacio, aparecieron como un sueño á sus sentidos y á su decaído espíritu.

La embarcacion se detiene repentinamente y esta inmovilidad que sucede á la rapidez de una marcha bien dirigida hace volver á la princesa de su letargo. El patron ha dado algunas órdenes en voz baja; su mano aprieta con fuerza la caña del timon; su vista no se aparta de un punto del orizonte donde apare-

ce aunque confusamente un cuerpo, cuya forma ni proporciones pueden distinguirse.

Bien pronto se divisa á lo lejos el objeto señalado. Se acerca coronado de elevados mastiles cargados de velas que blanquean ya á la luz del crepúsculo no dejan duda ser el *Sardam* que ejecuta su cruce-ro nocturno. A los tres años de fundado S. Petersburgo solo los holandeses concurrían allí á traficar. Pero á este comercio naciente acompañaba un azote que le es inseparable y que trae consigo continuos y atrevidos obstáculos: un contrabando activo, inevitable, invadía cada noche las cercanías de la nueva ciudad, dando al *Sardam*, encargado de reprimirlo, serias ocupaciones.

Fackson no esperó la aproximacion del bergantin; virando y volviendo atras se lanzó impetuosamente entre dos islas cubiertas de árboles. La sombra de la rivera occidental se proyectaba sobre la oriental en este sitio produciendo una completa oscuridad. La *Rodadora* se precipita á traves de estas tinieblas propicias y avanza hacia las rocas bajo las pendientes ramas donde las aguas estan intranquilas.

En aquel momento era preciso esperar que el *Sardam* tomase su ruta por entre las pequeñas islas de que entonces estaba cubierto el lago, porque podia muy bien hacerlo por el canal en que la *Rodadora* habia creído encontrar un retiro impenetrable, y por otra parte estando la luna radiante y llenando toda la superficie del lago de su luz resplandeciente, era necesario sobre todo que una nube impelida por el viento hubiese oscurecido su disco para aventurarse al medio del agua: hubo pues un momento de angustia inescribible.

La ansiedad se aumentó todavia al oírse distintamente el ruido producido por la proa del bergantin que surcaba las aguas del Ladoga. Pero felizmente se dirigió al otro costado de la isla á cuyos flancos habia la *Rodadora* escogido su refugio. La altura de sus mastiles sobresalía sobre los árboles cuyas sombras bajaban hasta la orilla. Pronto cesó el rumor. La princesa respiró.

En el momento en que la luna cubierta por una nube se ocultaba completamente bajo aquel espeso velo, la chalupa obedeciendo á los remos salía de su retiro: su proa se levantó por un impetuoso esfuerzo sobre las aguas vigorosamente cortadas por el timon. El *Sardam*, corriendo á toda vela, estaba ya lejos; la *Rodadora* á quien nada detenía ya, emprendió de nuevo su marcha.

LA Luisiana.

I.

En el siglo XVIII, el vasto país atravesado por el Misisipi, y al cual el padre Hennepin dió por pura adulacion monárquica, el nombre de Luis XIV, había vuelto á los franceses del poder de los españoles, que se lo tomaron anteriormente y que fundaron allí los primeros establecimientos. Las orillas del río, mas elevadas que el país sobre el cual se esparcen numerosos canales, estaban rodeadas de pantanos, cuyo aspecto variaba apenas en las puertas de la Nueva-Orleans por algunos cipreses tristes y uniformes.

Sobre aquel suelo bajo é igual por todas partes, sobre todo por el lado del *bayou* de S. Juan, se elevan sin embargo á cierta distancia de las costas algunos bosques en que se despliega una vegetacion que recuerda los prodigios de los trópicos. Allí se vé al lado del plátano de gruesas ramas, de corteza blanca y escamosa; el tilo de Europa, despues el álamo negro de tronco gigantesco; aquellos árboles están encadenados por enredaderas [cuyas raíces profundizan apenas la tierra humedecida, y que como otras tantas cuerdas pasan de un tronco á otro. Estas vastas cortinas de verdor, enlazadas por unas especies de cordages negros ó blancos; flexibles y delgados, encubren frecuentemente aguas remansadas á las cuales aquellas espesas sombras procuran, por un fenómeno fisico largo tiempo disputado, una benéfica salubridad.

Aquella porción de país es admirable. Su feráz naturaleza ofrece á cada paso en las orillas del Misisipi y del Misouri los cuadros mas seductores. Aquellas maravillas se convierten en encanto en las riberas del Meschacebe, de este río de nombre y sitios poéticos, descubierto por el desgraciado Lasale, como en las de sus afluentes el Illesois, el Ohio, el Akensa, parages encantadores en que el autor de *Chactas* y *Atala* tuvo cuidado de colocar la escena de su poema. Allí es donde en el invierno se ofrece un espectáculo enteramente nuevo á la vista del asombrado viagero. Las tempestades han abatido pedazos enteros de bosques, los árboles arrancados de raíz son arrastrados con sus ramas por el torrente de la lluvia y el viento de los huracanes hasta el medio de las aguas que hinchadas de repente comienzan á acarrear aquellas balsas improvisadas semejantes á verdes y flotantes islas.

Aquella deliciosa comarca que los habitantes de

los Estados-Unidos habían llamado el *Nuevo-Eden*, y á la que los franceses habían dado el dulce nombre de Luisiana debía ser cedida un siglo despues por Napoleón, en la suma de 80 millones á la república fundada por Washington.

En el reinado de Luis XV, la parte menos pintoresca y menos rica de la Luisiana, estaba poblada de franceses, españoles, anglo-americanos, y de una raza muy mezclada, de bohemios, negros y mulatos. Esta poblacion, tan variada de tipos, de usos y costumbres animaba singularmente á la Nueva-Orleans en los dias de mercado ó de arribada, esparciendose por la playa ó por las calles. Entonces todos aquellos hombres de color negro ó cobrizo; aquellas negras adornadas sus cabezas con los madras de vivos colores; aquellas *pieles-rojas*, como se llamaban ya á los salvajes de los bosques y de las llanuras vecinas, de los que había muchas tribus al servicio de la Francia, aquellos plantadores de grandes sombreros de paja de arroz con chupas y pantalones de mahon; aquellos soldados, cuyo uniforme contrastaba con los demas trages, toda aquella multitud en fin mezclada de mil colores, producía el efecto mas pintoresco é inesperado.

En aquella época estaba la Nueva-Orleans mal distribuida en cuanto á comodidades. La naturaleza blanda del suelo había exigido la colocacion de estacas para la construccion de las casas, único medio de combatir las infiltraciones del Misisipi de esta inmensa corriente de agua contenida en su lecho por altas calzadas. Asi se encuentran allí todos los inconvenientes de una ciudad recién fundada que lucha con obstáculos materiales que el hombre no puede vencer sino al cabo de muchos años de esfuerzos. Si estallaba una tempestad, las calles surcadas por torrentes, se convertían en profundos abismos en que se estrellaban los carruages.

La mayor parte de las habitaciones de la Nueva-Orleans no eran mas que simples cabañas; sin embargo, en ciertos parages se encontraban algunas bonitas casas, las unas blanqueadas con cal, lo que les daba á lo lejos un aspecto risueño, y las otras de madera de variadas formas rodeadas algunas de galerías por el estilo chinesco; las mas lujosas construidas de ladrillos, con galerías y columnatas á la italiana; todo aquello encerrado en grandes jardines cortados por magníficas calles de naranjos ó cercados por altos cipreses, semejaba á las cercanías de París.

En el sitio llamado *Punta cortada*, á orillas del río Rojo, no lejos de la Nueva-Orleans y cerca del fuerte construido por el hijo del Canadá san Dionisio, este viagero de sorprendentes aventuras, se elevaba una habitacion solitaria, limitada al Este por vastos arrozales y al Oeste por ingenios de consideracion. Aquella plantacion estaba esplotada por treinta ó cuarenta negros.

La habitacion principal estaba construida de ladrillo y cubierta con corteza de madera. Aquella ligera techumbre sostenida por pequeñas columnas se levantaba para formar una galería circular de agradable vista. La existencia de aquella galería terminada por una balaustrada á la italiana en forma de balcon no era una de las menores ventajas de esta morada; porque del lado opuesto á aquel sol abrasador de que tanto se sufre en la Luisiana, se podia con la ayuda de algunos mosquiteros, encontrar un abrigo fresco contra la invasion de los mosquitos y de otros mil insectos de que esta infestada aquella atmósfera en donde los calores de su ardiente temperatura son casi insoportables.

La propiedad se encontraba cerrada tanto por una fila de cipreses, palizada invencible á cuyo abrigo se hubieran podido desafiar muchos peligros, cuanto por sitios en que la sensitiva de espinas de marfil y la gleditsia de largas puntas entrelazaban sus fuertes ramas. Desde el exterior se veian agrupados al rededor de las casas ó cerca de la habitacion principal la magnolia de corteza morena, de ramas caidas y ancho follaje; el arco de flores purpúreas, y cien arbustos variados y raros á los que dominaba el plátano con sus largos y verdes brazos y sus masas de hermosas y regulares hojas.

Muchos señores de la corte de Francia, y mas de un amable elegante de la época hubieran envidiado semejante morada, porque allí habia lo necesario para hacer una encantadora habitacion destinada á ocultar mil aventuras amorosas. Además tenían allí tanto que admirar los amantes de la naturaleza! Maravillosas salidas y posturas del sol, espectáculos sorprendentes, cuadros admirables; porque la mar distaba al sumo dos leguas y reflejaba en sus olas, que se percibian entre dos eminencias poco elevadas, todos aquellos prodigios de la creacion.

La *Punta cortada* era pues, respecto de su buen punto de vista y de su paisaje, una estancia agradable; era, como suele decirse, una de las curiosidades del pais.

II.

Tres meses antes de los sucesos que vamos á referir, dos nuevos colonos, un alemán y su hija habian desembarcado en Nueva-Orleans. Casi en el mismo momento hicieron adquisicion de la *Punta cortada*. Aunque el establecimiento estaba entonces en bastante mal estado, tanto que el colono su predecesor estuvo á punto de arruinarse, no repararon aquellos en el precio porque hallándose esta hacienda apartada de la ciudad y en un paraje poco frecuentado les pareció presentarles todas las ventajas que deseaban; así que gracias á esta circunstancia casual, habia tenido el propietario anterior la dicha inespitada de vender bajo excelentes condiciones un establecimiento que sus sucesores no tardaron en poner en pie respetable con su actividad y grandes gastos.

Evidentemente habian tenido aquellos un objeto particular en la eleccion de la finca. La distancia de la *Punta cortada*, la diligencia en terminar su compra, su precio verdaderamente enorme en consideracion á su valor real, todo tenia una significacion y daba mucho que pensar. No hubo pues necesidad de mucho tiempo para conocer que aquella familia deseaba ocultarse. Pero cual era el motivo de la reclusion á que parecia condenarse los colonos de la *Punta cortada*? Justamente á la aplicacion de este misterio se dirigian todos los esfuerzos de los habitantes de Nueva-Orleans, cuya curiosidad vivamente escitada se obstinó en descubrir aquel secreto impenetrable.

Entre tanto circulaban las versiones mas estrañas, los rumores mas singulares, las suposiciones mas absurdas.

Para unos eran los recién venidos, personas de quien debia desconfiarse. El precio tan alto en que no habian dudado comprar la propiedad probaba que el dinero no les faltaba; luego ¿no era razonable pensar qué motivos estraños al comercio les habian conducido á la Luisiana? La política, la diplomacia, la policia, ¿no podian ser el objeto de su venida? ¿Quien sabe si el Gobernador no habia cometido alguna ligera falta financiera, administrativa ó de otro género? Quizá habia protegido clandestinamente y en provecho suyo los intereses de algun capitalista emprendedor, contrariando así las instrucciones del Gobierno y en perjuicio de las com-

pañías investidas por reales órdenes de privilegios importantes.

Ademas de esto la Holanda, la Inglaterra, los Anglo-americanos ó la España, podian muy bien ser los cómplices interesados de aquel inocente sistema de administracion. Por lo cual, añadian, el ministerio francés habia creido necesario vigilar al gobernador; luego los nuevos colonos podian muy bien vigilar á otros muchos al mismo tiempo. ¿A que se limitaria aquel espionage que ya se decia era pagado por la metrópoli?

Lo cierto es que M. Wolff y su hija, este era el nombre de los colonos, habian igualmente pasado en las provincias mas anglicanas de la Gran Bretaña por papistas, maquinando la vuelta del pretendiente y de los Stuardos: en España ó en Italia por emisarios de la Inquisicion: en Varsovia por espías rusos, trabajando en la desmenbracion de la Polonia; por todas partes y en todas circunstancias se les habia mirado como gentes que tenian sin duda bastantes motivos para ocultarse.

Algunos hechos que felizmente eran públicos, desmentian sin embargo estas aventuradas suposiciones. A la compra de la hacienda, que tanto daba que pensar, no se habia visto suceder ningun gasto exagerado y aquella riqueza sobre cuyo origen tantas conjeturas se hacian, no tuvo luego mas que la apariencia de una honresa mediania. Ademas los habitantes de la *Punta cortada* no pertenecian, como lo indicaban su nombre é idioma habitual, á la nacion francesa. Los noveleros de la comarca se vieron reducidos á suponer otra cosa que un sistema de espionage.

(Se continuará.)

LA RECONCILIACION.

Alma mia, tras largos pesares
entreveo un reflejo de amor,
una luz que ilumina mi vida
que reanima mi fiel corazon.

¿Sabes tú cuanto fueron amargos
mi penar, mi desdicha cruel,
cuando el alma amorosa luchaba
con tu fiero y terrible desden?

¡Ah! la vida sin tí, sin tu encanto,
sin tu dulce y divina beldad,
era ¡ay Dios! un desierto horroroso
do bramaba el furioso huracan.

Cuando el sol asomaba en Oriente
su madeja de claro esplendor,
yo miraba su lumbre enfadosa
que alumbraba mi triste aflicción.

En la noche callada mi acento
por el bosque sombrío lancé,
yo cantaba mi amor desdichado
y tú siempre tenaz esquivé.

La esperanza con luz hechicera
ni un instante mi pena alumbró,
de ventura cruel me aquejaba,
me aquejaba inhumano dolor.

¡Despechado! con vértigo horrendo
descarriado, sin guía, sin luz,
fui del mundo á buscar las venturas,
¡qué era el mundo si no estabas tú!

Si palabras de amor fui mintiendo,
si constancia tal vez prometí,
¡ay! promesas en viento fundadas
derrumbáronse todas al fin.

El tropel circundóme del mundo
aturdíome su bárbaro son,
¡el amor!... no hay amor en mi alma
vida mia no siendo tu amor.

Mentirosas palabras tan solo
pudo el lábio engañoso espresar,
si quizás la belleza alababa
era solo tu pura beldad.

Si quizás con audaz juramento
olvidarte intentó mi dolor,
olvidarte mis labios juraron
pero amarte mi pecho juró.

¿Ves la nave que el viento combate
en las áridas breñas chocar,
cual su flámula altiva humillando,
á perderse al Oceano va?

¿Ves la cuádriga ardiente guiada
por imberbe y audaz conductor,
cual se estrella en el muro de piedra
que cual término y linde se alzó?

De ese modo corrí despechado,
por un mar de dolor navegué,
y en las garras del tedio insufrible
sumergí mi inefable placer.

De este modo sin freno ni rienda
la ventura queriendo encontrar,
mi delirio fanático y loco
estrellome en la dura verdad.

¡Ay! cuan bellos pasaron entonces
por mi mente los días de amor,
en que hallabas tu encanto en mi encanto,
y en tu dicha gozabame yo.

Cuando solo, llorando mi suerte
desvalido, infelice me hallé,
recordé las delicias pasadas
de otros tiempos la dulce embriaguez.

De la suerte el nublado horizonte
ví bramando con sordo clamor,
vendabal iracundo erugia
no lucia la lumbré del sol.

Circundábanme montes sin límites
que del cielo ocultaban la luz,
donde el águila altiva su vuelo
á tender no atreviase aun.

Donde el diáfano témpano baña
la agria cumbre con luz funeral,
donde el sol de los trópicos quema
donde se oyen los vientos bramar.

¡Qué recuerdo! tal vez solitario
me encontré en el mundano panteon,
ni una mano amigable me dieron
para alivio á mi fiero dolor.

Yo sentia mi pecho abrasado
counmensa pujanza latir,

palpitó de dolor, y de pena,
palpitó virgen mia por tí.

Al rumor del estruendo mundano
que bullia sin tregua en redor,
al recuerdo de tiempos felices
mi sentido vivaz se adurmió.

¡Oh! traedme esos sueños de amores,
esos sueños de goce ideal,
en que el alma es mansion de delicias
en que el pecho es morada de paz.

Sienta yo vuestros dulces alhagos,
qué me importa el engaño, si al fin,
esa dicha que busco anhelante
me la dais ilusorios así.

Yo estrechaba tus manos divinas,
yo hebía en tus labios amor,
yo veía en tus ojos mis ojos
tu eras mi angel, mi alma, mi Dios.

Yo los brazos amante tendia,
yo mi labio á tus labios junté,
y mi brazo á tu cuello enlazando
me enlazaste tu brazo tambien.

Desperté de mi vértigo amante,
desperté de mi sueño feliz,
y en el mundo me allé ¡desdichado!
¡qué era el mundo alma mia sin tí!

Yo vagaba en la noche sombría
presa triste de horrible inquietud,
¿mas qué luz mi destino alumbraba?
¡qué esperanza faltándome tu!

Yo mi alma sentí desmayarse,
desmayarse senti el corazon,
¡quise amar! mas qué amor sentiria
vida mia no siendo tu amor!

¡Oh! si acaso el tirano destino
tregua alguna y descanso me dá,
si consigo saber de tu boca
de mi acerba desdicha el final;

Quemaré con mis labios tus labios,
cegaré con tu vivo esplendor;
que eres tu mi consuelo, mi vida,
mi ventura, mi gloria, mi Dios.

Francisco Luis de Retes.

MODAS.

El alegre carnaval y sus bailes pertenecen ya á lo pasado, si bien ha podido dejar algunos gratos recuerdos de su festividad, y acaso desengaños de lo efímero de sus atractivos. También nosotros le rendimos homenaje, ocupando los artículos de los últimos números de nuestro periódico con la descripción de los trages de baile: ahora reasumiremos de entre todas las novedades que hasta el día ha ofrecido el buen gusto en las modas de invierno, aquellas que han logrado predominar, por mas graciosas y elegantes.

Los trages para que produzcan toda la ilusión de su fantástica idealidad, deben armonizarse con la persona para quien se destinan; así pues, los colores forman la principal distinción: á una blanca el azul la hace resaltar mas el nacar de su bello cutis, á la par que á una linda y graciosa morena, nada la está tan bien como las telas blancas; por esta razón, para las primeras:

El vestido de tafetan de Italia azul celeste con dos faldas, cogida la superior por delante á la altura de 7 pulgadas, por una flor convinada con perlas, y contorneada con una trenza doble de la misma tela; el cuerpo de talle de cotilla, el pecho con dibujo de dichas trenzas; las mangas estrechas de arriba, adornadas también de trenzas por la abertura, la cual ha de ser por debajo, y prolongada en figura de ángulo agudo, constituye un precioso traje.

Para las segundas.—Vestido de crespón blanco con guarnición desde abajo hasta el cuerpo, formando una figura piramidal por delante con el cogido de la falda exterior, y plegando la interior que queda descubierta; en forma de delantal, lo que presenta una vista tan sencilla como graciosa, una guirnalda de camelias blancas con algunas violetas, y un grueso ramillete de iguales flores, debe completar el adorno.

Otro traje muy precioso, es, vestido de tres fal-

das de tul de rosa guarnecidas de dos rulos de lo mismo; el cuerpo muy entallado con adornos de igual tela, y con la abertura del pecho algo prolongada, pero muy cerrado de hombros; lo que es sumamente mas gracioso que el escote redondo.

Se llevan:

Vestidos de tisú de sorprendente elegancia; de rica tela de damas con botones de oro, con dos bolantes de punto de Bruselas, fruncidos en figura plana, con lazos de distancia en distancia, de cintas bordadas de plata.

—De raso con dos bolantes de puntilla negra, recogidos á la *Camargo* (1) con lazos de cintas de tres matices, y en el centro de cada uno, se coloca una amatista.

—De terciopelo *epingle* color rosa, con adornos de punto de alencon alternados con lazos de raso y terciopelo del color del vestido.

—Y de raso verde mar, la falda baja cubierta de otras dos de tul de igual color, la segunda con diez órdenes ó filas de *bouillons* de tul, y ribetes de *marabouts* (2) también verdes.

Los prendidos ó tocados son tan variados como los vestidos: se llevan turbantes de tela de oro y de tisú de lo mismo, y de seda de colores vivos, empleándose en ellos á porfía las perlas mezcladas con flores colgando en grupos. También se usan hojas de *marabouts* que descienden de la cabeza á los hombros, sostenidas por un broche, ó sujetas con una cinta cubierta de flores, siendo este el tocado que han adoptado últimamente en París las jóvenes de mejor gusto.

DESCRIPCION DEL FIGURIN (3).

Figura 1.^a Trage para casa.

Papalina á la inglesa forrada de tafetan color de rosa, guarnecida de flores.—Vestido con mangas largas, de damasco color castaño claro en los relieves, y obscuro en el fondo; el dibujo está dispues-

(1) El pabellon ó cogido de los vestidos en forma piramidal.

(2) En el último número se explicó la significación de esta voz.

(3) Mr. Lizeray; acaba de esponder en París en su magnífico almacén de armería, unas pistolas para sala, de su invención, sumamente ligeras, cuya detonación no causa apenas ruido, ni presentan exposición en su uso. Las señoritas de mas distinción, en los días de lluvias se entretienen en sus gabinetes en tirar con ellas á una lámina que fijan en un espejo. Esta circunstancia ha dado lugar á colocar en sus delicadas manos las armas de fuego con que aparecen representadas en el figurin que se acompaña.

to de modo que las labores de la tela sean menores á proporcion que se aproximan al talle.—Sobre todo ajustado, de terciopelo carmesí, con forro de raso blanco y guarnecido de arminio.

Figura 2.^a Trage para paseo.

Sombrero de terciopelo con un *bouillonné* (1) á la izquierda, y una linda pluma que descende del centro á la derecha, forrado de grò azul y guarnecido abundantemente de puntilla por dentro de las alas.—Redingote de raso verde, adornado de trenzas de la misma tela con pasamanería, cogidas en ondas con lazos de cintas del propio color.

TEATROS.

PRINCIPE.—*Un Jesuita*. Comedia en verso, original del Sr. Cañete. Esta composicion plagada de defectos, está muy distante en merito de las otras que del mismo autor se han puesto en escena. Es lástima que el Sr. Cañete que deja entrever tan buenas disposiciones, no ponga el mayor cuidado al tiempo de emplearlas, pues estamos seguros que si así lo hiciese, muchos de los lunares que hacen desmerecer sus trabajos literarios no aparecerian en ellos. La comedia de que nos ocupamos la recibió el público con mucha frialdad, y de un modo ostensible mostró por fin su desagrado.

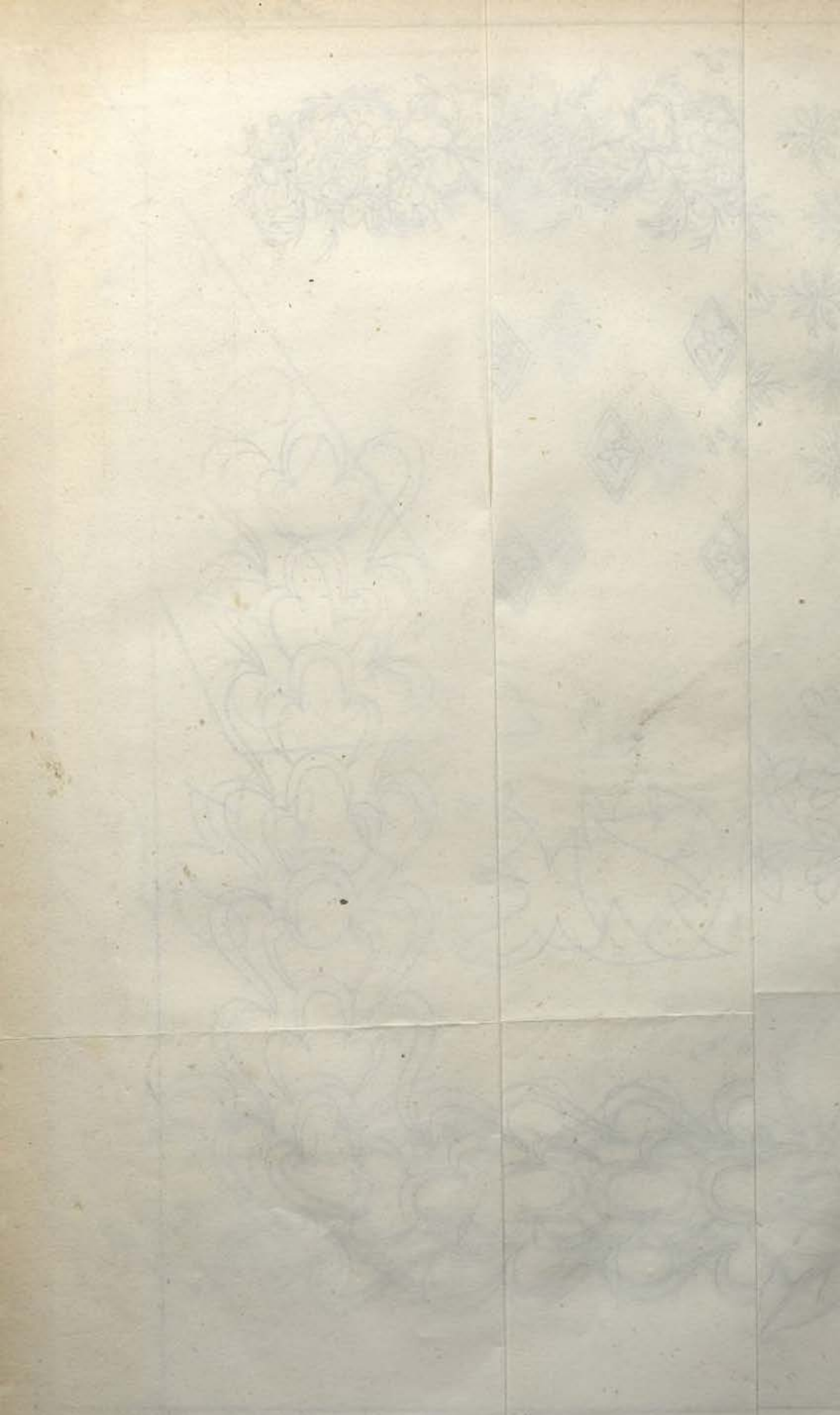
CRUZ.—Se ha repetido varias noches el *Nabuco*, en cuya ejecucion se esmeraron los artistas á quienes su desempeño estaba confiado.—*Luisa de Lavalliere*, del maestro español Sr. Genoves. Eligió esta ópera para su beneficio la Sra. Bertolini Rafaelli: el dia en que se verificó este, estuvo llentísimo el teatro, habiendo, á nuestro entender, para que así sucediese, muchas razones, siendo la primera y principal, el oír á tan apreciable artista á la que en recompensa de su particular mérito, tantas pruebas de afecto se la han dispensado por parte del público; no habiendo desmerecido nada en esta funcion del

grande concepto que disfruta como artista. Respecto á la ópera solo diremos que si bien tiene algunas piezas de mérito, tomada en el conjunto se hace pesada, marcha con languidez y su música poco de nuevo nos revela. En obsequio de la empresa no podemos menos de manifestar que tanto esta ópera como el *Nabuco* se pusieron en escena con mucho gusto.

CIRCO.—*Belisario*. En esta ópera hizo alarde de sus muchas y escelentes facultades el Sr. Salvatori; en la misma se presentó el nuevo tenor Sr. Conti que fue bien recibido, pues cantó con mucho gusto y buenas maneras.—A beneficio de la órquesta se ejecutó el dia 12 de este mes una funcion muy variada, tomando parte en ella las compañías de ópera y baile; cuyos individuos todos á porfia se esmeraron en el desempeño de sus respectivos cargos, recibiendo del público repetidísimos aplausos. En esta noche la encantadora Guy bailó las manchegas con el Sr. Vera, y en esta como en todas ocasiones estuvo inimitable.—*María de Padilla* del maestro Donizetti. La música de esta ópera que en muchos casos se parece á otras composiciones del mismo autor, en lo general es ligera: en su ejecucion estuvieron felices los Sres. Tamberlik y Ferlotti, pero sin embargo no logró esta ópera las mayores simpatías por parte del público. La señorita Albertini cantó con esquisito gusto el rondó de la *Generentola* y fue aplaudida con entusiasmo.—*Concierto*.—En el que tubo lugar en este teatro el 18 del corriente, sobresalieron las Sras. Grütiz y Maiquez y el Sr. Tamberlik. La señorita Maiquez cada dia que transcurre vá haciendo nuevos progresos, creemos que los pronósticos que hicimos las primeras veces que oímos á esta apreciable artista no saldrán fallidos.

INSTITUTO.—*El derecho de primogenitura*. Comedia en un acto traducida por los señores don Juan y don Andres de Capua. Los chistes de que está sembrada entretienen, y los repetidos aplausos que tan generosamente se le prodigaron es una prueba inequívoca de que agradó al público. La misma suerte le cupo á la comedia en dos actos titulada *Mentir con noble intencion* arreglada á nuestro teatro por los señores del Campo y Guillote. Tambien abunda esta en chistes, y por cierto que algunos de ellos pecan ya de atrevidos.

(1) Afollado de cinta.





GRAN CORO (VALS.)

del 2.º acto

DE LA OPERA IL BRAVO DE MERCADANTE

PARA PIANO FORTE

N.º 44.

POR C. OUDRID.

Pr. 4 rs.

Tempo di Vals.

PIANO.

ff

cres:

ff

p

f

8^{va}



3

8ª

8ª

44